

Entrevista

“Colombia ocupa un espacio muy pequeño en los Estudios Latinoamericanos”

Entrevista a Alexander Betancourt Mendieta

Gilberto Loaiza
Universidad del Valle



Fotografía: Paola Bernal - Departamento de Historia - Universidad del Valle

Alexander Betancourt Mendieta es licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas (Manizales), magíster en Estudios Latinoamericanos (opción Historia) y Doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesor de planta de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades Universidad Autónoma de San Luis Potosí (México).

Su nombre empezó a sonar con fuerza en el campo de la historiografía nacional después de la publicación del libro *Historia y Nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia* (La Carreta Editores, 2007). Betancourt Mendieta es autor también del libro *Historia, ciudad e ideas* (UNAM, 2001), en el que analiza la obra del historiador argentino José Luis Romero.

Si bien lleva 20 años viviendo en México, sus lazos con Colombia se mantienen vigentes. Es miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia (desde 2008), hace parte de comités de revistas académicas nacionales, y dicta talleres y conferencias en diferentes universidades del país.

Referencia para citar este artículo: “«Colombia ocupa un espacio muy pequeño en los Estudios Latinoamericanos». Entrevista a Alexander Betancourt Mendieta”, por Gilberto Loaiza Cano, *Historia y Espacio* 47 (2016): 159-167.

Para empezar esta entrevista, hay que señalar que la misma está pensada para publicarse en una revista. A propósito de esto, me gustaría saber qué percepción tiene usted sobre las revistas académicas y científicas en América Latina, cuando las exigencias para indexación y visibilidad son cada vez mayores y más estrictas.

Yo interpreto ese fenómeno como una imposición paulatina de los parámetros de las ciencias naturales porque los que hoy dominan los organismos de la administración científica son especialmente biólogos, físicos, ingenieros, matemáticos y médicos. Son reglas que ellos utilizan e imponen olvidando la especificidad de las disciplinas, en especial de las Ciencias Sociales y las Humanidades. Esto ha llevado, por ejemplo, a situaciones como la siguiente, ahora resulta mejor para la hoja de vida y para el sueldo de un investigador publicar cinco artículos en revistas indexadas que un libro. Sin embargo, para nosotros los historiadores el libro es fundamental como objeto y como producto, ya que lo pensamos como un argumento, como una unidad estructurada a través de una narración, donde cada capítulo aporta algo nuevo.

Es posible que esta situación lleve necesariamente a una confrontación con los organismos que administran y que miden y evalúan la producción intelectual y científica porque debemos recordar que esta situación no es nueva. La polémica sobre la pertinencia del conocimiento y la calidad científica de las Ciencias Sociales y las Humanidades se planteó desde la década del 1870, en la que se discutió si las Ciencias Humanas eran ciencias y qué tipo de ciencias eran. El debate se dirimió sosteniendo que eran ciencias con una forma especial de conocer la realidad, por lo tanto, tienen sus propios métodos y formas de presentar y difundir el conocimiento adquirido.

A propósito de eso, ¿usted qué piensa del trabajo colectivo para el historiador? ¿Cree que el historiador es hombre o mujer de trabajo colectivo, o lo que hacemos en historia es de un sólo ser individual y singular que se llama "autor"?

Eso es un dilema. Yo creo que el trabajo de las humanidades es, en general, un trabajo individual, pero también es cierto que hay temáticas que requieren una mirada multidisciplinaria. Pienso, por ejemplo, en temas como el medio ambiente. No se puede hacer historia ambiental únicamente desde la historia. Para hacer historia ambiental se necesita un equipo, se necesita la discusión y la participación de otros conocimientos, y es deseable que también de otros profesionales como químicos y biólogos; para comprender y explicar la complejidad del medio ambiente se necesita un grupo abordando un tema específico desde diversas metodologías, teorías e intereses. Sin embargo, al igual que en el caso de las revistas, los organismos financiadores y evaluadores desde hace un tiempo para acá, al menos unos quince años, paulatinamente valoran de manera más y más favorable el trabajo colectivo en las Ciencias Sociales y las Humanidades; lo cual, termina por establecer como un parámetro

vital de la carrera académica la participación e integración en grupos de investigación. En México, por ejemplo, existen los Cuerpos Académicos, equivalentes a lo que en Colombia son "grupos de investigación". El matiz está en lo siguiente, actualmente los organismos evaluadores de los procesos de acreditación de las instituciones universitarias exigen la participación en Cuerpos Académicos como un factor sustancial de la vida académica; así que es necesario buscar a colegas para integrar un Cuerpo Académico, que es reconocido como tal con un mínimo de tres integrantes. En mi caso, por ejemplo, hago parte de un grupo conformado por tres arqueólogos, dos antropólogos y dos historiadores. Y algunas veces se presentan roces o distancias en la manera de trabajar como puede llegar a ocurrir con los arqueólogos.

¿En qué sentido se dan esos roces?

En la forma de estudiar los objetos de estudio. Por ejemplo, a los arqueólogos se les dificulta mucho hacer comparaciones porque regularmente trabajan de forma concreta en espacios reducidos; es decir, pueden encontrar una ciudad perdida, por ejemplo, pero el trabajo individual es con cierto tipo de piezas o determinados tipos de materiales, es un campo muy específico, a partir del cual pueden elaborar unas conclusiones muy generales que abarcan desde cientos hasta miles de años; esto se hace muy problemático para un historiador que trabaja por lustros o décadas a lo sumo, y a la hora de tratar de construir un trabajo en equipo de entrada se encuentra el problema de escalas de análisis. La única forma de trabajar en grupo es en temas que nos pudieran ligar como, por ejemplo, el patrimonio, que puede encontrar un cruce de caminos entre los conocimientos y técnicas de la arqueología con los métodos y enfoques de los historiadores.

Alexander, hablemos un poco de usted. Cuéntenos de dónde viene usted.

Nací en Manizales en la clínica de los Carabineros que está en el barrio Minitas, porque mi papá era suboficial de la policía. En su trabajo había mucha movilidad de un lugar a otro, y entre esos cambios de lugares terminamos instalados desde que tengo memoria entre Pereira y Dosquebradas, la mayor parte de mis familiares por vía materna y paterna vivían en Manizales, y por eso, Manizales era la ciudad para ir de vacaciones o en fechas especiales. Sin embargo, me fui a vivir a Manizales cuando ingresé a la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Caldas, en un momento en que estas disciplinas solamente se enseñaban en Bogotá, Medellín, Popayán y Manizales. Al poco tiempo de iniciar mis estudios, me di cuenta que era necesario estudiar historia. Dado que dicha carrera no existía en Pereira ni en Manizales, me inscribí a la carrera de historia a través de la modalidad de Educación a Distancia que ofrecía la Universidad Santo Tomás de Bogotá. Mientras avanzaba en mis estudios de filosofía y letras, leía a Braudel y Lucien Febvre, entre otros. Mientras tanto, en filosofía y letras aprendí la rigurosidad de la lectura atenta y crítica como antesala a la escritura.

Tuve la suerte de contar con compañeros con una fuerte vocación por la filosofía y la literatura, con los que discutíamos e intercambiamos textos, autores y posturas en un clima universitario e intelectual muy estimulante. Con ellos estudiamos a Kant, a Borges, a Umberto Eco. Fue una época muy vital; por ejemplo, tuve la fortuna de participar activamente, en la campaña de la Séptima Pa-peleta, pero al mismo tiempo era una época difícil, ya que corresponde a ese período difícil de los asesinatos de los líderes de la Unión Patriótica, de Galán y el esplendor del narcotráfico.

También fue una época en la que estaban de moda en la radio las bandas de rock extranjeras como Black Sabbath y Metallica, y la apertura de los medios a artistas latinoamericanos como Charly García, Kraken y Los Prisioneros, entre otros. Con mis compañeros discutíamos cuál era el rock más importante, si el inglés o el latinoamericano. Esas discusiones nos llevaban también a preguntarnos si había filosofía en español y en particular a cuestionarnos si había filósofos colombianos o latino-americanos equivalentes a los europeos que estudiábamos en nuestros cursos, y curiosamente, ahí empieza mi interés en saber sobre la historia del pensamiento en América Latina.

Por mis búsquedas académicas llegué a los libros del filósofo mexicano Leopoldo Zea, sobre el que hice mi trabajo de titulación de pregrado, pero también encontré los trabajos del importante crítico literario colombiano Rafael Gutiérrez Girardot, y fue influenciado por su obra que hice mi investigación de posgrado sobre José Luis Romero. De Gutiérrez Girardot aprendí el valor de la meticulosidad, la sistematicidad y el bagaje a la hora de investigar el pensamiento.

Dado que en ese tiempo no estaba generalizado el uso de internet ni estaban digitalizadas en línea obras de pensadores e intelectuales colombianos ni latinoamericanos, y que dichas obras no estaban en Pereira ni Manizales, constantemente íbamos a la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá a buscar y revisar libros como los de Pedro Henríquez Ureña, entre muchos otros.

Muchos de nosotros demorábamos meses o hasta años haciendo investigaciones porque era difícil conseguir las obras o incluso sus copias; hoy en día están a solo un *click* de distancia. Sin embargo, dichas circunstancias tenían su aspecto positivo: nos inculcaron disciplina y constancias en el estudio. Una situación ejemplifica esta situación: en mi caso tardé mucho tiempo en conseguir una copia del libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, de José Luis Romero. Y apenas vi la portada del libro muchos años después en México.

¿Y termina las dos carreras?

Yo terminé de ver asignaturas de las dos carreras pero no me gradué de las dos, sólo de la carrera de Filosofía y Letras. Ingresé al mundo laboral y me casé con mi actual esposa. Hice mi investigación de pregrado sobre la idea de América en la obra de Leopoldo Zea, y me gradué en 1995 de Filosofía y Letras.

La carrera de historia, si bien acabé los créditos, no la terminé dado que tener dos títulos no me daba un valor adicional en el campo laboral; entonces tenía como objetivo hacer el posgrado. Con ese objetivo en mente, busqué opciones y en un primer momento me inscribí en la Sorbona de París y quedé seleccionado, pero me di cuenta que la vida en París era muy costosa y que me resultaría difícil continuar sin una beca. También exploré la opción en México y fui aceptado, y con base en las consideraciones sobre la situación económica, en 1996 ingresé a la Maestría en Estudios Latinoamericanos (Historia) en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fue un momento difícil porque me mudé con mi esposa y mis hijos a un nuevo país luego de un proceso complicado para obtener la visa. Gracias a mi tutor obtuve una beca que me ayudó a sobrellevar la situación.

¿Qué son los Estudios Latinoamericanos y por qué decidió estudiar esta carrera?

Los Estudios Latinoamericanos son resultado de la Guerra Fría, una deriva de los llamados *Area Studies* (Estudios de Área) que se implementaron en ese momento en los Estados Unidos, que incluye diversos intereses, campos, enfoques y disciplinas. México replicó ese modelo y lo que busca es formar expertos especializados en diversos temas y aspectos de América Latina y el Caribe. Escogí este programa de estudios por el tema, ya que sabía que mi investigación sería sobre José Luis Romero y en Colombia en aquella época había muy pocos estudios y fuentes primarias sobre y de él.

¿Pensaba en regresar en Colombia?

Todo el tiempo. Mi proyecto era terminar mi posgrado para regresar a Colombia. Sin embargo, por un lado, se desarrolló lo que se conoció como la crisis de 1997 en Colombia y por el otro, tuve una posibilidad excepcional para trabajar en la UNAM y más adelante para hacer el doctorado, por lo que decidimos con mi esposa radicarnos en México a partir de 1999. Conocí el sistema institucional de investigación y docente en México y me pareció beneficioso.

¿Cuáles son esos beneficios?

En primer lugar, en la mayoría de las instituciones de educación superior pública en México se privilegia la investigación por encima de la docencia, lo que hace que a los profesores de tiempo completo nos evalúen por los proyectos adelantados, por las publicaciones y por los alumnos que formemos. A manera de ejemplo, en la Universidad de San Luis, donde trabajo, desde la planeación semestral se busca que el máximo de horas de docencia sea de seis, mientras que algunos colegas en Colombia deben dar más de 12 horas de docencia a la semana. Creo que las universidades en Colombia deberían entenderse como centros de producción intelectual y de investigación y no sólo como centros de docencia.

En segundo lugar, en México existe un modelo estatal que le da importancia a la investigación y, por tanto, una política de apoyo a la misma, aun cuando en los años recientes han disminuido los

aportes en relación a otras ciencias o disciplinas. En Colombia pareciera que los concursos de investigación son pocos, difíciles de obtener y más difíciles de implementar.

En tercer lugar, ese mismo sistema de apoyo a la investigación hace que los trabajos y sus resultados tengan apoyo para su difusión y tengan una proyección internacional, especialmente con Estados Unidos y Europa. Esto alienta que los investigadores mexicanos no se la pasen mirándose sí mismos, hay muchas posibilidades para pensar la investigación histórica desde una perspectiva comparativa.

En cuarto lugar, se trata de un país en el que se promueven las condiciones ideales para investigar temas no sólo de México sino de América Latina. Para hacernos una idea de esto, en el trabajo de tesis de la Maestría, aunque mi investigación fue sobre la obra de José Luis Romero, nunca debí solicitar comisión de viajes a Argentina, ya que toda la producción bibliográfica de él estaba en México, incluyendo libros y revistas. Además, algunos discípulos de él eran profesores en la UNAM.

Eso que tiene México y que le falta a Colombia, ¿le da una idea de cómo avanza la investigación en historia en nuestro país?

Desde luego. Observando la situación desde afuera, creo que a Colombia le faltan políticas institucionales de fomento a la investigación, en especial en el área de las Humanidades y Ciencias Sociales. No se trata solo de un asunto de recursos económicos sino de visión de las universidades y de otras entidades. En México, cuando se diseña una carrera no solo se piensa en el *pensum* o en los docentes, sino en la estructura y los aspectos que favorecen la investigación en dicha área, como, por ejemplo, el desarrollo de bibliotecas especializadas y actualizadas por temáticas. También hay buenos archivos para los historiadores. En Colombia, en cambio, aparecen noticias de archivos que se están dañando por falta de atención o de colecciones que se eliminan porque no tienen cómo conservarlas. También creo que nos hace falta algo que para los mexicanos es vital: estrategias para difundir sus trabajos tanto a escala nacional como internacional. Sus trabajos y proyectos los engrandecen mucho y divulgan ampliamente.

¿Cómo obtiene una plaza en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí?

Yo estuve tres años y medio como profesor contratista en la UNAM. Me enteré que en las regiones se abrían plazas docentes con mayor frecuencia y estabilidad que en la capital y que allí existen mayores recursos para la investigación. Me salieron varias opciones, pero al final me pareció que la mejor opción por mi perfil académico era San Luis. Era una Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de reciente fundación: se había creado en 2002 y yo llegué en 2004, por lo que en este tiempo he tenido la fortuna de participar y contribuir en la construcción de esta institución que es mi Facultad de adscripción.

Usted se fue a estudiar a México a intelectuales como Leopoldo Zea y José Luis Romero ¿Cómo llega a interesarse por la historiografía colombiana?

Mi interés por la historia colombiana empezó en México debido a cuestiones circunstanciales. Por un lado, leyendo a los autores mexicanos, me di cuenta que no conocía la obra de intelectuales colombianos como Baldomero Sanín Cano y Germán Arciniegas, por ejemplo. Yo había estudiado historia y tenía conocimientos sobre el siglo XIX, pero poco del XX, y hay que tener en cuenta que los Estudios Latinoamericanos le dan predilección al XX. Por otro lado, en la UNAM tuve la posibilidad de impartir cursos en la carrera de Estudios Latinoamericanos y en la Maestría en Estudios Latinoamericanos; uno de esos cursos fue de historia andina, donde impartía historia de Colombia del siglo XX, lo que me obligó a estudiar periodos, autores y temas de mi país. Esto abrió una oportunidad muy importante para mí y otros colegas ya que Colombia no tiene mucho espacio dentro de los programas de Estudios Latinoamericanos; el interés se concentra básicamente sobre Brasil, México y Argentina. Los otros países latinoamericanos no despertamos tanto interés. Creo que se trata de un campo todavía inexplorado en el que hay muchas cosas por investigar, reflexionar y contribuir.

A pesar de este interés específico en Colombia, mis trabajos de investigación, sin embargo, siguen siendo con enfoque continental y comparativo. Mi pregunta en estos años ha sido quiénes en Colombia se han tomado el tiempo de pensar, reflexionar y publicar sobre América Latina y esto me ha llevado a autores como Baldomero Sanín Cano, Antonio García Nossa, Germán Arciniegas y a publicaciones como *La Revista de las Indias*.

Germán Arciniegas, por ejemplo, es un personaje que me sigue sorprendiendo. Mis investigaciones me han permitido conocer un poco más el trabajo de este importante intelectual colombiano y sin duda, se trató de una persona que estaba muy al tono de los debates intelectuales latinoamericanos, relacionándose con importantes estudiosos del continente y publicando sus textos en revistas y editoriales muy prestigiosas y leídas. Sin embargo, él será uno de los escritores cuya actividad vendrá a menos con la profesionalización, ya que su forma de trabajo y el tipo de publicaciones que elaboraba tenía el sello de estar bajo la forma del ensayo literario, por lo que cuando llegan las obras de historia profesional, Arciniegas no puede inscribirse en sus debates porque, pese a tener una pluma exquisita, no utiliza para su trabajo las formas de la disciplina histórica con referencias bibliográficas, los pie de páginas, las formas de citar y otros elementos propios del trabajo profesional de la escritura de la historia.

Uno nota que en México el ensayo literario todavía tiene mucha fuerza, al igual que las biografías y las novelas históricas, pensadas para un público amplio. ¿Usted no cree que en México todavía hay

muchos investigadores y escritores que no han podido pasar del ensayo literario a los textos argumentativos más académicos?

Es curioso eso que usted comenta ya que recientemente entrevisté al gran historiador mexicano Álvaro Matute Aguirre¹, y él decía precisamente lo contrario. Criticaba el alto grado de especialización de los trabajos históricos recientes que hacía que la lectura de los textos fuera solo entre académicos y su circulación muy cerrada.

Desde mi perspectiva, y debido al gran volumen de publicaciones anuales, creo que la historiografía mexicana es muy fragmentaria y no hay visiones de conjunto. Se privilegian tiempos cortos y espacios reducidos, por lo que no hay grandes apellidos de historiadores generales sino más bien historiadores que se destacan en temáticas muy concretas. Curiosamente, los historiadores más referenciados sobre temas generales de la historiografía mexicana no son mexicanos, sino extranjeros como Alan Knight, Paul Garner o Eric Van Young.

¿Cómo cree que son percibidos los investigadores colombianos en México?

Son muchos los colombianos que van a estudiar y a trabajar en México. La mayoría de los estudiantes van a estudiar allá tanto por las excelentes becas que ofrecen los programas de posgrado como por las diversas posibilidades de investigación que brinda, desde bibliotecas muy buenas hasta docentes especializados en temas concretos. En general, hay una buena percepción de los trabajadores y estudiantes colombianos, no sólo en Ciencias Sociales y Humanidades sino en muchos más campos. Se les reconoce su profesionalismo y su dedicación.

¿Hoy cómo mira su libro más reconocido, Historia y Nación, que el próximo año cumple una década de publicación y más de 15 años de realizado?

La publicación de dicho libro fue difícil, pues varias editoriales lo rechazaron argumentando que el tema no les interesaba. Creo que eso habla en general de lo difícil que puede ser dar a conocer los trabajos de los historiadores en el país.

El libro corresponde a una etapa de mi trayectoria académica y de la historiografía nacional. Aunque hoy en día el tema de los balances generales sobre la forma de hacer historia en Colombia tiende a declinar, todavía creo que hay muchas de las tendencias señaladas en ese trabajo que se mantienen, como, por ejemplo, el tema de los revisionismos históricos y sus rupturas, que aún sigue siendo un campo por explorar.

Yo creo, por ejemplo, que a Jaime Jaramillo le ocurre lo mismo que a José Luis Romero: su figura es más homenajeadas que leída y analizada. Considero que sus artículos publicados en la revista *Eco*

1 Alexander Betancourt Mendieta, "A veces tenemos que luchar contra la imposición de modas a seguir, que hacen olvidar las buenas tradiciones que tenemos...". Entrevista a Álvaro Matute Aguirre", en: *Historelo*, 7: 13 (2015): 362-375

son incluso mucho mejores y más rigurosos que su libro más importante, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Entonces, *Historia y Nación* es también una invitación a avanzar sobre la obra de ciertos historiadores destacados más allá de los homenajes, para profundizar en aspectos como la escritura, sus aportes al conocimiento del pasado y un análisis de la totalidad de la obra, no sólo sus títulos más citados.

El libro también es un llamado a revitalizar las discusiones sobre nuestra propia manera de mirar y entender el pasado, y a propiciar la reflexión y el debate sobre libros y autores que han dinamizado la discusión la constitución de la escritura de la historia en el país. Por lo mismo, creo que si el libro es leído por los jóvenes investigadores y lo entienden como una invitación a repensar la manera en que ellos mismos hacen historia y a indagar por las maneras en que los historiadores lo han hecho en su pasado, la publicación de *Historia y Nación* habrá valido la pena